

# EL ALABARDERO

Intereses materiales,  
Teatros y Salones, Toros, Caza, Regatas, Equitacion, Gimnasia, Esgrima.  
TODO POR UN PERRO GRANDE.

Año I.

Sevilla, 22 de Marzo de 1879.

Núm. 9.º

## LA PIEDAD SUPREMA

Tal es el título del último libro de Victor Hugo, el gran poeta, el gran pensador de la Francia. La aparición de cualquier obra del insigne escritor tiene el privilegio de conmover los ánimos en todas las naciones donde se lee y se piensa, porque Victor Hugo no es un escritor francés, es un escritor universal, y puede decirse que el mundo entero es su patria.

*La piedad suprema* viene á ser como el complemento de la *Historia de un crimen*; en todas las obras de Victor Hugo se advierte un misterioso enlace, y al grito de indignacion que le arrancan los crímenes de los tiranos, sucede bien pronto la piedad, *la piedad suprema*, que le lleva á compadecer á los tiranos y á los verdugos de la humanidad, porque ninguno más que ellos está necesitado de lástima y perdon.

El poema recuerda las concepciones apocalípticas del *infierno* de Dante. Victor Hugo oye *un ruido igual al grito que arrojaría á través del espacio un alma inmensa y sombría, volando perdida y luchando con el abismo*. Luégo este ruido se hace más distinto, y se oyen voces que maldicen los nombres de Tiberio, Calígula, Procusto, Cambyses, Luis Onceno, Omar, Ivan, Clotario, y á cuantos con sus torpezas y tiranía han aterrado á los humanos.

Pero estos mónstruos tienen disculpa: no son ellos los malvados: las circunstancias, la educacion, la lisonja, la adulacion, la ceguedad les han empujado para abajo por la escalera de la tiranía, donde á cada grada que se baja hay menos luz. Preciso es tener lástima de los ciegos.

¡Oh, seamos piadosos, sobre todo para los que han sido crueles!—exclama el poeta. Son los que más sufren: sospechas, remordimientos, lágrimas, celos, hé aquí su vida. ¡Si duermen, qué sueño! Ven á Tiberio sonreírles, á Bruto acecharles, á Caton ensangrentado y á Tácito escribiendo. El brillo del tirano causa envidia desde lejos, pero todo es apariencia: el dolor se esconde entre esos resplandores: los demás sienten el calor, pero él la quemadura.

La piedad tiembla, vacila, teniendo contra sí los lamentos y el dolor de todo el género humano asesinado; pero los corazones grandes son generosos, y es tiempo de que se compadezca á los tiranos. La justicia demasiado justa es hermana de la venganza. No haya ninguno exceptuado de la compasion, y aumente la piedad á medida que aumentan el dolor y la herida.

Tales rasgos, verdaderamente sublimes, y otros muchos que el rigor de los límites no nos permite con-

signar, encierra el poema de Victor Hugo. El pensador que ha sufrido y luchado por el bien y la humanidad, que ha sido víctima de los tiranos, que ha visto correr los mejores años de su vida en la proscripcion, siéntese enternecido y grita: ¡perdon, perdon para todos!

*La piedad suprema* es un libro generoso y consolador para los pueblos, los poderosos y los tiranos. Es un rayo de luz del Calvario que vuelve á reflejarse sobre las pasiones humanas; hay en él como un eco de las divinas palabras de Jesús.

Acaso el poeta, conducido en las alas de su idealismo, pida lo que la humanidad no puede conceder en absoluto; que si grande es la *piedad suprema*, grande es también la suprema justicia.

Ni estos apuntes son una critica del poema, ni EL ALABARDERO se atrevería á tamaña empresa: conténtase con la admiracion y con llamar la atencion del público sobre este libro.

De todas maneras, son admirables su pensamiento y su finalidad. Las expansiones íntimas, las grandes piedades del alma del autor, que se revelan en tan inspiradas páginas, son la mejor corona que puede orlar las sienes de ese pensador extraordinario que se llama sencillamente Victor Hugo.

## REVISTA

SAN FERNANDO

Comenzaba la Cuaresma, y Arderius, que, según las señas, es fiel cumplidor de los preceptos eclesiásticos, llevóse la *carne* con que por tantas noches había llenado el escenario del *aristocrático coliseo*, dejando, cuando más, algún hueso que roer. Pero cate el lector que, no bien *Los sobrinos del capitán Grant* habían tomado las de Villadiego en busca de otros *primos*, el Sr. Palatin, por amor al Arte y por amor al dinero (que no quita lo valiente á lo cortés), concibió el proyecto de dar unos conciertos en San Fernando, concertando al efecto las voluntades de unos cuantos profesores, todos de *paga* y no pocos de *paga*.

Nosotros, por nuestra parte, al tener noticia de que el consabido proyecto estaba en vías de realizacion, hicimos recuento de los perros grandes de que, merced á nuestros lectores, se hallaba provista la alabarderesca faltriguera, y una vez cerciorados de que podíamos permitirnos el desembolso necesario para escuchar desde el *paraiso* las obras musicales que anunciaba el cartel, dimos una mano de amoladura á la *alabarda*, mellada contra los *cantos* de ciertos poetitas ranas á quienes todos conocemos, y pian, piano, nos dirigimos hácia el local del concierto.

¡Parece mentira! Yo sabía que en este bendito país se llama *pelon* al que no tiene pelo, *rabon* al animal que carece de rabo, y *deslenguado* al que tiene más lengua de la que es menester; sin embargo, no creí nunca que á un *desconcierto* como el que hubo el pasado domingo en San Fernando pudiera llamársele *concierto*.

¡Ay, querido lector! ¡Aquello fué un *camelo*! Sí, señor, un



camelo, ya que el *voquible* está admitido por los que, sin ser be-tuneros, *limpian, fijan y dan esplendor*.

Después de hacer esperar y desesperar al público el señor Palatin, como si de espectáculo del otro jueves se tratara, aparecieron *questo signore e la sua comparsa*, dividida en dos grupos: uno formado por los músicos que iban vestidos de punta en negro, y el otro por los de *tutti colori*, entre los que logramos distinguir no pocos *artistas* de la famosa banda de la *soupe*. ¡Bravo, Sr. Palatin! ¡Cómo se conoce que está usted fuerte en esto de la distinción de clases!

Cayó la batuta sobre el atril, y empezó el público á padecer. La sinfonía *Poète et Paysan* fué la primera pieza, y en verdad resultó ejecutada con bastante imperfección; esto, no obstante, aplaudió la escasa concurrencia, á juicio nuestro, no por dar señales de aprobación, sino más bien para despertar con el ruido de las palmadas á las muchas personas que empezaban á dormirse, al són de aquel *Á la ró, ró, á la ró.... ró....*

Bien vengas, mal, si vienes solo, dice el refrán, y por muy contentos nos hubiéramos dado con la dicha sinfonía si no la hubiera seguido una *Fantasia de L'Africana*, arreglo del señor Blanghetan, y por cierto no de los mejores. Esta obra contiene, entre otros números, uno que es el prelude de la escena del manzanillo, prelude oídísimo en éste como en todos los teatros, á instrumentos de cuerda. Figúrese el prudentísimo lector cómo saldría *aquello*, ejecutado por instrumentos de viento. Pero el público estaba de buenas, sonaron algunos aplausos vergonzantes, y el telón, *corrido* de vergüenza, puso fin á la primera parte.

No hay dicha duradera, y comenzó la segunda parte del concierto. La componían la sinfonía del *Paragraph* núm. 3, de Suppé, y el *Final del segundo acto de El anillo de hierro*, de todo lo cual, lo mismo que de la parte tercera, en que hubo á mayor abundamiento desafinaciones y otros excesos, no nos ocuparemos detalladamente, á ver si conseguimos conquistarnos el agradecimiento del Sr. Palatin.

En suma: la banda que este señor ha metido en el teatro del Santo Rey no está en condiciones de tocar sino en la plaza del Rey Santo, en donde todo el mundo oye y nadie escucha. En honor de la verdad, hay que hacer algunas salvedades: entre los muchos músicos y musiquitos de que la banda se compone, hay algunos buenos profesores, pero.... ¡son tan pocos...! que... ¡vamos! no lucen entre tantos murguistas.

En cuanto al Sr. Palatin, debemos decir que nos extrañó verle vuelto de espaldas al público, pero que muy luego le disculpamos por esta aparente falta de respeto, con la idea de que, al ver lo mal que *aquello* salía, andaba el buen señor temeroso de *dar la cara*. Á estar nosotros más cerca de él, de buena gana le hubiéramos gritado, recordando al general chileno de *Los sobrinos de marras*:

—¿Y es usted quien los instruyeeeee...?

*Segundo concierto*.—Y mire usted por donde, áun contra nuestra voluntad, no podemos dedicar ni siquiera una línea á la narración de las proezas musicales que en esta segunda salida debia llevar á felice cima la *desconcertada* Sociedad de Conciertos. Para el jueves estaba anunciada (no la Sociedad, sino la salida), y nos encontramos agradablemente chasqueados con el aplazamiento del dichoso concierto.

¡Ay, qué gusto! Nos hemos ahorrado una desazon, y.... algo vamos ganando.

### EL DUQUE

Al impío que negare la saludable influencia de las obras religiosas representadas en los teatros, bien podrá convencerle de lo contrario lo sucedido en el *modesto*, cuyos actores, por obra y gracia de *El Redentor del Mundo ó la Pasión de Jesús*, si bien no han subido á la gloria, han salido del infierno, y hallanse en el purgatorio, lugar de paso y de espera, de donde podrán sacarles las ofrendas y los sufragios de los aficionados al arte dramático.

Y digo esto porque, con general asombro y hasta contra las fundadísimas esperanzas de cuantos conocen el paño, las representaciones de *El Redentor del Mundo* han mejorado notablemente á los artistas de aquel coliseo en construcción perpétua, cosa que no habían podido conseguir los esfuerzos, si bien profanos, del *papelito*; pero no por eso se alegra ménos de transformación tan maravillosa.

No es esto decir que la presentación y desempeño de *El Redentor del Mundo* rayen en lo sublime, ni que hayan faltado accidentes que regocijen á los malévolos; nó, señor; ha habido de todo; pero el haber de todo es una ventaja colosal para el *modesto*, donde ántes se despachaba un solo género.

Cierto es que el Sr. Real carece de las condiciones majestuosas que deben caracterizar á Cristo; que la profecía sobre la ruina de Jerusalem no halla en la garganta del Sr. Real las inflexiones vibrantes y severas que son necesarias, y se convierte en una apagada y lúgubre salmodia; que no hay intérprete de la persuasión evangélica del Crucificado; que la tremenda angustia del Dios-hombre en el Huerto de las Olivas, viendo ante sus ojos el suplicio, no es comprendida ni expresada; pero no toda la falta es suya, porque es cosa imposible al sér humano acercarse, siquiera sea en la manifestación externa y humana, á las ideas y sentimientos de aquel Sér divino, que, si era hombre, también era Hijo de Dios vivo. En los cuadros de la calle de la Amargura y del Calvario estuvo muy acertado el Sr. Real: el fatigoso tránsito fué representado con propiedad, y las actitudes del actor merecieron en uno y otro cuadro merecidos aplausos.

La Sra. Ruiz de Galvan, en su papel de Virgen María, no se mostró á la altura de todo su talento: el de la augusta Señora es un dolor previsto, sentido mil veces con anticipación y unido á la sublime resignación á los decretos del Eterno. Bien sé que estas son dificultades de expresión que nacen del mismo personaje; pero no podrá alegarse igual disculpa cuando encuentra al Hijo en la calle de la Amargura, ni cuando se abraza á la Cruz donde aquél espira, porque en tales momentos hablan el amor maternal y el dolor humano. La manera libre y desembarazada con que sube al Calvario tampoco es del mejor efecto: aquella Madre debe subir las ásperas rocas vacilando, cayendo, con el corazón hecho pedazos, como que el que pende de la Cruz es nada ménos que su Hijo! Sin embargo, en el cuadro del Descendimiento merece mi imparcial aprobación: halló el tono del dolor resignado, el profundo acento de la melancolía, y la actitud de la Virgen de Rubens; y si no fué aplaudida como debiera, ha de atribuirse á que no se aplaude cuando se llora.

Galvan (Poncio Pilatos) caracterizó con acierto al Pretor de Judea, y tuvo momentos felices; Lopez Valois (Júdas) estuvo perfectamente en caja; Carrascosa se esforzó en hacerse temible y amedrentó á Pilatos; y hasta Torrès (San Pedro) gozó de la mágica influencia que ejerce la obra, y escapó sin que EL ALABARDERO tenga que censurarle. Verdad que San Pedro habla muy poco. El Tetrarca (Quiroga) fué tan digno como su cargo requería, y Aguilar un sayon perfecto, aunque demasiado feo. Los demás personajes son de tan escasa importancia que escapan, por imperceptibles, á las redes de la crítica alabarderesca.

El aparato, el decorado y la maquinaria con que se ha presentado la obra acusan los mejores deseos en la Empresa del *modesto*, que, apesar de ellos, no ha podido vencer del todo las dificultades insuperables que ofrecen el local y la propiedad. Un teatro que carece de escenario, de fosos y de telares, no se presta de ningún modo á las complicaciones de la maquinaria; y de aquí resultan la torpeza y premiosidad con que se verifican las mutaciones, que los telones queden á medio caer, que los personajes no tengan espacio donde moverse, y los mil sucesos inesperados que promueven la hilaridad del público.

Por otra parte, el *modesto* es un teatro que está desnudo, en cueros, y es condición de su arrendamiento que cuantos telones, trastos y mobiliario construyan las Empresas han de ser de la propiedad del dueño del teatro, que por este medio fácil y económico conseguirá algún día verlo vestido. ¡No seré yo quien le meta el dedo en la boca al tal dueñecito, ni quien ponga mis callos debajo de sus zapatos!

De modo que las Empresas no se atreven á todo lo que quisieran, por la razón de que es muy triste trabajar para otro. —No obstante, la Empresa actual ha hecho lo posible, dentro de tan desfavorables condiciones, y los cuadros de *El Pretorio*, *La calle de la Amargura*, *El Calvario* y *El Descendimiento* resultan bien presentados. Las turbas han sido ensayadas con esmero, y se mueven, se agitan y vociferan con propiedad, por lo que envío un pláceme al director de escena.

En los primeros cuadros de la obra ha habido descuidos censurables: la entrada de Jerusalem es la de la Algaba ú otra ciudad de igual importancia: los Padres del limbo no estaban en el limbo, sino asomados á una bañera: San Juan era una Santa Juana: la oliva del huerto era una redondela verde; y, en fin, por no cansar, callo otra multitud de pormenores.—Pero lo que no he de dejarme en el tintero es la maravillosa propiedad con que fué presentada la casa de la Virgen María, pues aunque en ella no habia un solo mueble, no faltaban animales domésticos: un hermoso y pacífico gato se paseaba por la habitación arqueando el lomo y enroscando el rabo. El público lo asustó y el animal huyó despavorido. ¿No podría evitarse esto?

Tampoco he de olvidarme de las pantorrillas de los romanos, que eran una cosa buena; ni del gallo que canta despues



EL ALABARDERO



—¿Tú ha entendió lo que ha dicho?  
—Quién habia entendé esa gresca....  
—Dijo que era picaor.... y que tenía una lesna....  
—Home, nó....  
—Pues er dijo cosa he yesca.... (CANIYITAS.)



de las negociaciones de San Pedro. Si el Sr. Mayorga no sabe hacer el gallo, justo será confiar á otro artista tan comprometido papel; pues miren ustedes que parece una terrera en vez de gallo.

En resúmen, *El Redentor del mundo*, para lo que es el *modesto*, se ha presentado de la mejor manera posible, y EL ALABARDERO aplaude hasta cierto punto á la Empresa.—El público de los pisos altos tambien se ha metido á actor, y sostiene algunos diálogos con los fariseos y los sayones. ¡Oh candor del sentimiento popular, yo te admiro!

*La huérfana de Bruselas*, á beneficio del Sr. Brotons, fué representada en la noche del juéves. ¡Oh Romea! ¿Qué hubieras dicho al ver tu obra favorita? Se conoce que el beneficiado, al ponerse obeso, ha perdido los pocos papeles que siempre tuvo: el señorito Carlos (Carrascosa) dijo *impositura* en vez de *impostura*; Walter (Galvan) es indudable que fué condenado con justicia, si no á la pena capital, á la inmediata; y la huérfana (señora Ruiz) tambien mereció algunas de las desdichas que sobre ella llovieron; la Marquesa (Sra. Peñaranda) ni quitó ni puso; el procurador del Rey nunca debió pasar de alguacil, y el Sr. Torres (abate de L'epée) parecia un abate de Lepe, tan seco como un higo de idem.

Fué tal el entusiasmo de los gendarmes que en el último acto arrastran á Walter, que derribaron la puerta de entrada y el muro en que aquélla se abría, con risas del público, el cual sin duda no tuvo presente que las paredes estarian cuarteadas por los rayos del acto anterior.

Pero, señor, ¿no habrá torna-puntas en el *modesto*? Porque con dos ó tres se hubiera evitado aquella espantosa ruina. ¿Se olvidaria el Director de escena de ver la decoracion ántes de que se alzara la cortina? Todo cabe en hombres cuando hacen comedias.

¡Ah! Ahora se me olvidaba decir que aquella noche llovía furiosamente, y que la montera y el toldo del *modesto* se calabán como la parte posterior de una canasta. ¿Si tendrá el propietario muchos amigos médicos? Vamos, señor propietario, cójanse esas goteras, que es una reformita de poco costo.

Tambien en tan desdichada noche hizo pininos el lejano teatro de Rioja. Una seccion de la compañía del *modesto* fué la encargada de representar tres piezas y *mortificar* al público.... ¡Por algo estamos en Cuaresma!

## ALABARDAZOS

Proporcion: El nuevo Ayuntamiento es al antiguo como 1867 á 1879, ó lo que es lo mismo 1879=1867.

Han sido destituidos casi todos los alcaldes de barrio. Algunos colegas censuran esta medida y recuerdan los servicios de los funcionarios objeto de ella; pero EL ALABARDERO cree muy conveniente que todos los taberneros y montañeses vayan turnando en el poder.

Algunos individuos del Comercio nos preguntan si sabemos en qué estado se hallan las gestiones de la Comision nombrada para entenderse con el Municipio respecto á la cuestion de los impuestos.

¿En qué estado?  
En el de la inocencia.  
Siempre se ha dicho que el Comercio era apático hasta para sus intereses si hay que salir de la puerta de la calle, y que sólo se reunia en los entierros.

Estas son dos verdades que la Comision no querrá ver desmentidas.

Las Sociedades y Corporaciones científicas y literarias de Sevilla van á adoptar una tortuga como emblema de sus trabajos; y si no la adoptan será porque no quieren, y no porque no lo merezcan.

Hace algunos años murió el ilustre escritor D. José Fernandez-Espino, y la Academia Sevillana de Buenas Letras tomó á su cargo la organizacion é impresion de una *Corona poética*. Reuniéronse las poesias, y acaso se las habrán comido ya los ratones; pero la corona no se ha publicado ni lleva trazas de publicarse.

Murió luégo la insigne Fernan-Caballero; hubo sus reuniones y alborotos entre los *amatores*, mucho entusiasmo y muchos proyectos, y excepto el monumentito de la calle de Juan de Burgos, nada se ha hecho para honrar su memoria.

Con que si esto no es tortuga será cangrejo, que al fin tiene la ventaja de andar para atrás. ¡Oh docto sueño de los sábios y académicos sevillanos! ¡Quién será capaz de interrumpirlo!

El nuevo Sr. Alcalde ha dicho al ocupar su puesto: Vengo á este sitio con honra y con honra saldré de él.

Y EL ALABARDERO dice: *Amén*, que quiere decir *ast sea*.

Gran campaña llevamos reñida en favor del maestro de la calle de Alonso el Sabio y en contra del montoncito que obstruye su puerta.

Algo hemos conseguido. Durante la pasajera Administracion del señor Ampudia el montoncito se ha recogido á las ocho y media de la mañana, es decir, hora y media ántes de lo que se acostumbraba cuando era otra la Administracion municipal.

Si el nuevo Alcalde Sr. Hoyos ordena que se recoja á las siete, la victoria será completa, y EL ALABARDERO añadirá esta nueva cura á las famosas que ya tiene publicadas.

El maestro está decidido á costear una lápida que conmemore el suceso.

Los pintorcitos parece que han comentado nuestro artículo, y pasándole la brocha han dicho, deduciendo atinadamente: «Los que escriben no pintan, los que no pintan no saben una palabra de pinturas; luego como los alabarderos son literatos, y por consiguiente profanos, debe haber habido sople en el asunto.»

¡Pero, queridísimos hermanos en el Arte, no comprenden ustedes que su oficio no es incompatible con el nuestro, y que el papelito sirve lo mismo para un fregado que para un barrido!

Sepan de hoy para siempre que nosotros tenemos devocion por el Padre, que á veces acudimos al Hijo; pero no se nos han ocurrido hasta ahora los auxilios del Espíritu Santo.

Se nos dice que por el negociado correspondiente del Municipio se dilata el despacho de una solicitud del Sr. Andérica para fijar una lápida con ciertas inscripciones. ¿No podría activarse? Porque es seguro que perdemos de regocijo todo el tiempo que la lápida tarde en ser fijada.

D. Nicolás va á anotar *El Quijote*. Estoy intranquilo con la noticia, porque, francamente, si las notas del libro se parecen á las *notas del arpa*, con que cantó hace pocos meses á la orilla del Bétis, será preciso que el editor Montaner las tire al agua. ¡Bien es verdad que de *notas á notas* hay una gran distancia.

La verdad es que los cervantistas están en decadencia.

Hemos visto al vuelo el álbum de autógrafos originales que la Academia libre publica por cuadernos mensuales, segun creemos.

La idea es buena, puesto que estimula y hace circular reunidos los nombres de los socios activos útiles para el caso; pero como de todo hay en la viña de Dios, encontramos un poquito presuntuoso el ofrecimiento de la portada.

Pase lo de *autógrafos*; pero lo de *originales* se nos ha atravesado un poco.

Pidiendo perdon por si se equivoca, cree EL ALABARDERO haber visto por lo ménos dos de los dibujos del cuaderno á que se refiere, reproducidos en cuadros de los mismos autores con fecha anterior á los dibujos.

Vemos, pues, sin que esto amengüe en nada el mérito intrínseco de los dibujos, que son autógrafos á secas, y que lo de *originales* nos parece un lujo inútil de la frase, lo que no hay que extrañar supuesto que ellos, como pintores y *profanos en las letras*, se habrán valido para dar el título al cuaderno de algun espíritu *non sancto*.

Para ir á la estacion del ferro-carril de Córdoba se necesita una *Montgolfiera*, porque aun en coche se llena uno de lodo.

Cruzándose los vehiculos en todas direcciones, sin regla que marque el tránsito y sin vigilancia municipal que estorbe estos cruzamientos, el desdichado viajero que no tiene una peseta ve partir el tren sin poder salir de aquellos pantanos, cuyos fuegos fátuos son los faroles de la via pública.

Y dice EL ALABARDERO á quien corresponda: ¿No sería más útil en esos sitios la presencia de las estatuas ó dioses términos de carne y hueso que se colocan en las Delicias para ordenar la marcha de los coches de paseo? ¡Porque, francamente, gastarse treinta y cuatro cuartos en coche, sólo se queda para los ingleses!

Dice un diario:

«Á medio kilómetro del pueblo de Villagordo, en el sitio titulado Cerro de la Cabeza, se ha encontrado ahorcado de un olivo al súbdito alemán Miguel Carglaud.»

Alguna indigestion de filosofia Orti-Lara. Si viviera, le diria: ¡Qué sensibilidad me gasta usted, amigo! Y se conoce que no es usted español; si lo fuera ya estaria acostumbrado á estas cosas; pero nada, no pueden acostumbrarse estos extranjeros á nuestra *espiritualidad*. Les hace falta un bañito de Lafuente y demás compañeros *escomemolásticos*.

## EL ALABARDERO

Se publicará una vez á la semana, y el precio de suscripcion será el de 6 reales trimestre. Para evitar cuidados á los suscritores, el pago será adelantado.

Se suscribe en la administracion y en las demas librerías.

La correspondencia, originales y reclamaciones al administrador D. Fernando Serrano, calle Doña María Coronel 36, segundo, derecha.